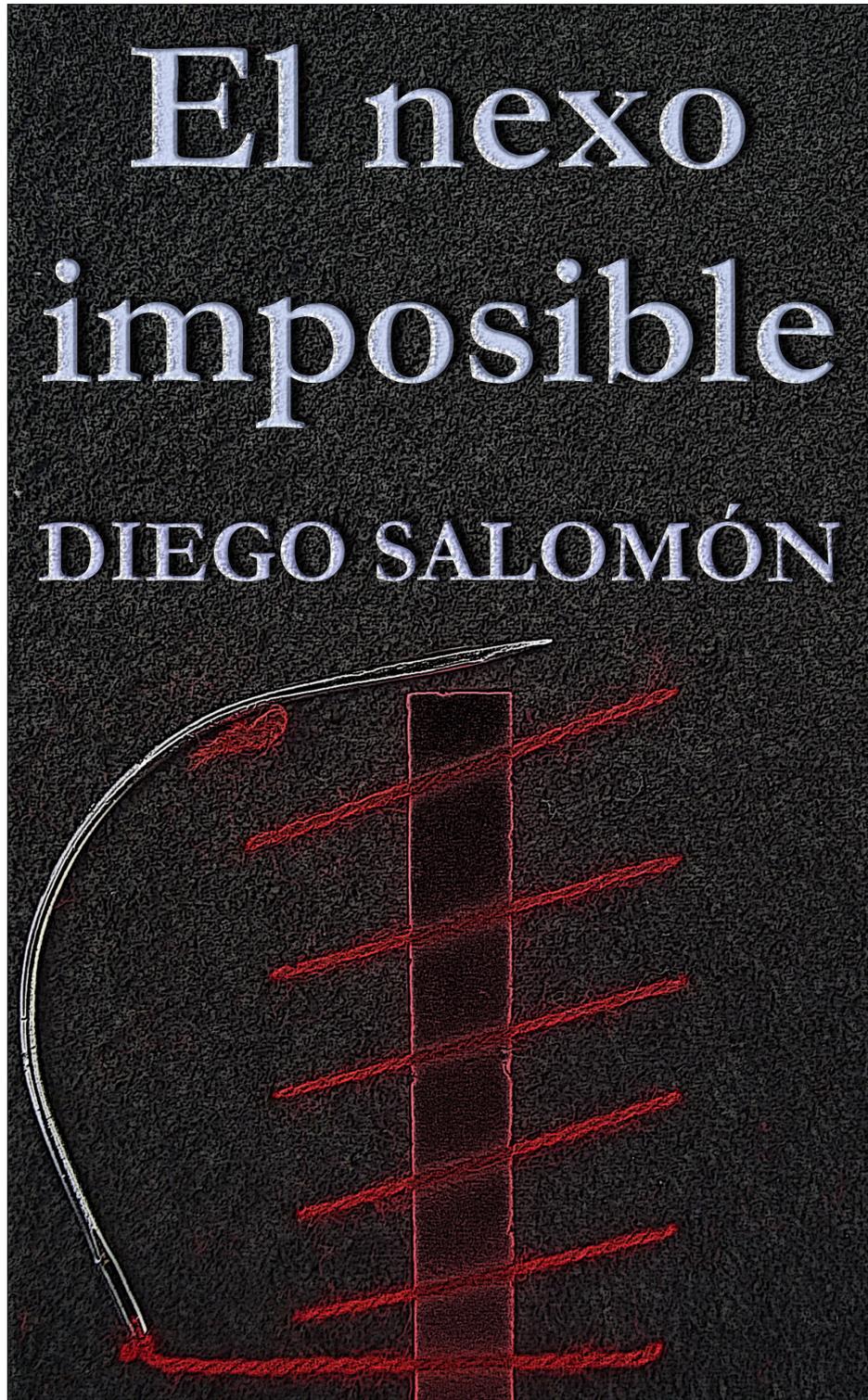


EL NEXO IMPOSIBLE (Novela breve)

Diego Salomón



Capítulo 1

EL NEXO IMPOSIBLE

Diego Salomón

* * * * *

© Diego Santiago Salomón-Sánchez, 2021.

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial,
por cualquier medio, sin permiso escrito del autor.

Diseño de cubierta: Diego Santiago Salomón-Sánchez.

ACERCA DEL AUTOR: **Diego Salomón** nació en la Ciudad de Buenos Aires, Argentina. Ejerce la docencia como Profesor de Lengua y Literatura.

CORREO DEL AUTOR: diegosalomonautor@gmail.com

* * * * *

AVISO AL LECTOR:

La presente obra (obrita) no es complaciente.

Aquí no hay intrigas ingeniosas ni juegos intelectuales.

Aquí, fondo y forma no son llanos, fluidos ni transparentes.

Aquí no hay reproducciones de fórmulas exitosas.

Aquí no hay una potencial "segunda parte".

Aquí no hay espectacularidad.

Aquí no hay entretenimiento.

El autor.

* * * * *

EL NEXO IMPOSIBLE

Diego Salomón

Oscuridad solamente.

Muevo las piernas haciendo pasos errantes en la oscuridad. Mi corazón es un puño enloquecido, un puño enloquecido que golpea las costillas intentando quebrarlas. Y el retumbar de esos golpes sube agitado hasta mi cabeza, y la hace arder en el aturdimiento.

Un relámpago de luz roja deshace la oscuridad y tiñe un recuerdo incierto: frente a mí, parado en el umbral de una casa, un chico en

calzoncillos. En sus ojos tiene metido el terror.

Del interior de la vivienda comienzan a salir voces alguna vez oídas; voces que, con furia y sarcasmo, insultan a alguien y le ordenan que se acerque.

Empieza a temblar, el chico. En la cara se le está haciendo el pánico.

—No vayas -le digo.

Pero, al parecer, no me ve ni me escucha; y entra a la casa.

Oigo el ruido potente de golpes secos. Quizá, golpes de un cuerpo sobre otro.

Momentos después, se hace el silencio.

El chico sale y avanza tambaleándose, cubriéndose la cara con las manos, gimiendo detrás de las manos. Y cae de rodillas, y se descubre. Sus ojos me buscan, y me encuentran. Su boca y su voz me nombran:

—Joaquín.

Y yo, Joaquín, sé que en su cara está haciéndose, oculta, una herida; una herida que va a ir tensándole la piel hasta romperla, una herida perversa y tenaz.

Presiento el dolor: el suyo y el mío. Y sé que ese chico presiente lo mismo que yo. Cierro los ojos para no ver, pero no puedo evitar presentir...

...Un sonido agudo se me clava en los oídos, y una luz blancuzca se mete en mis párpados; luz que va llenándome los ojos hasta hacerlos desbordar. Y se abren los párpados, y se hace otro tiempo, otro sitio: mi pieza, la luz del amanecer entrando por una ventana, mi cuerpo sobre el colchón, sangre en la almohada y en las sábanas.

De pie, junto a la cama, veo y oigo a la mujer que durmió conmigo. Un sonido agudo sale de su boca y le mueve la cara, cara aterrorizada y manchada con sangre. Mía, la sangre en su cara. El espanto le entra por los ojos y le sale por la boca: grita. Yo soy su miedo. Mi cara desfigurada y ensangrentada es su miedo, y el mío.

El horror que entra por sus ojos está saliendo por sus piernas: corre. Huye.

—¡Pará! ¡Esperá, Mariela!

Ya está fuera de la casa.

* * *

Una herida me cruza la cara; una herida implacable, entre el mentón y la frente, frente y mentón; una fosa definitiva que se llena y rebalsa con sangre.

Ese tajo se agarra de mi vida buscando mostrarse ante cualquier ojo. Pero eso no sucedía antes. Antes, son décadas antes: cuando la herida no podía ser vista, aunque comenzaba a hacerse bajo la piel.

De ese tiempo pasado puedo recordar dos fragmentos: dos fotografías modificadas por el encierro detrás de los ojos.

Hago luz en el centro de mi cabeza y la primera foto aparece proyectada: un chico sentado en el umbral de una casa. Sonríe. La sonrisa le llena la cara y parece estar metida en todo su cuerpo. A un costado de él, estirada en el suelo, hay una sombra algo difusa; sombra que intuyo silueta de mujer. Tal vez, quien proyecta la sombra hizo la fotografía.

La otra foto: parado, tenso, en el mismo umbral, el mismo chico. El miedo le agarra los ojos. Con la boca sujeta una sonrisa. Una sombra difusa, como en la imagen anterior, tal vez con silueta de hombre, lo cubre, lo oscurece. Parece estar acatando una orden, una orden del cuerpo que hace la sombra y también, quizá, la foto. Sé que ese chico ya presiente su dolor.

También sé que todo recuerdo es una ficción adecuada para justificar el presente. Por eso, dudo de esas imágenes; pero no puedo dudar del dolor que presiente el chico.

* * *

No recuerdo exactamente cuándo dejé de presentir y comencé a sentir. Sucedió, simplemente, mucho tiempo atrás. Y desde allí, desde atrás, llega ese niño que, luego de descubrir su cara, me mira y me

nombra:

—Joaquín.

Y ahora, acostado en esta cama, yo, Joaquín, siento. La tortura diaria, siento: golpes como latigazos, entre el mentón y la frente, frente y mentón, desde dentro hacia fuera; golpes como latigazos que desgarran la piel y hacen un límite de sangre y dolor.

Y este límite hace otro: un límite inexorable entre yo y los demás. Un límite hecho por el temor. Temor a que la herida me humille.

Mariela cruzó mi límite, y huyó. Ahora temo que comente lo que vio en mi cara: si hablara sobre lo que vio, y eso que vio, y la aterró, fuese considerado como una posible amenaza para la salud de la comunidad, yo sería recluido en el Instituto de Seguridad Sanitaria. Eso lo sé. Bien lo sé.

Necesito pedirle a Mariela que no hable sobre la monstruosidad que, al despertar, la espantó.

* * *

El doctor Kel, el viejo doctor Kel, guarda secreto sobre los casos de sus pacientes. Por eso, entre otras cosas, él me trata.

Los dos sabemos que la herida no cicatriza suturándola. La única función que puede tener una costura es evitar que me desangre con rapidez: posponer la muerte mientras los bordes de la grieta se abren, tensando los hilos, hasta desgarrarse.

Los dos sabemos que no hay solución total; pero sí, parcial. Parcial solución que el doctor me prescribe mensualmente, con el trazo impreciso de su mano anciana, en una receta; receta que me extiende y en la que leo las tres palabras que busco: *Crema de Nodus*. Crema que, durante algunas horas, cicatriza la herida y la hace imperceptible a toda mirada; crema que me permite cubrir la fosa y cruzarla, cruzarla para convivir con los otros.

Demasiado ancha y profunda, la fosa, como para cruzarla sin red de contención. Por eso, cada día, al despertar y antes de dormir, me unto. Entre mentón y frente, frente y mentón, me unto. Ahí se hace el límite.

El límite está en mí.

Estoy limitado por mí.

Y, también, estoy limitado por el tiempo de duración de un efecto: el efecto del fármaco. No puedo permitirme olvidar eso; pero, anoche, al acostarme con Mariela, lo olvidé. Olvidé mi dosis. Olvidé tramar uno de los hilos en la red, red que me salva de caer en la fosa.

Si cada día logro cruzar el límite es porque tejo, metódicamente, mi salvación; salvación hecha de dependencias: dependo de la duración del tejido de mi red, y de mi memoria para no olvidar hacer el tejido; dependo de la existencia del doctor, y de su criterio para seguir extendiéndome recetas; dependo del dinero para pagar la atención del doctor y para comprar *Crema de Nodus*.

Dependo de mi puesto de trabajo. Y en veinte minutos tengo que estar en la oficina. Imposible. Voy a llegar tarde, una vez más. Necesito untarme y esperar una hora, una hora para que la carne cicatrice y se haga imperceptible ante todos.

Si quiero seguir sobreviviendo, tengo que untarme ya.

Me quito de encima las sábanas ensangrentadas y tibias, y salgo de la cama.

El baño. El lavamanos. Abro la canilla. El agua entra en el cuenco que forman mis manos. Me mojo la cara: agua y sangre se mezclan. Agua y sangre tiñen la pileta del lavamanos. Y algo mío se va por la rejilla.

Hago aparecer mi monstruosidad en el espejo; espejo pegado a la puerta del botiquín, puerta del botiquín cerrada con un candado discreto. Agarro la llave escondida detrás del inodoro, y abro el candado y la puerta que protegen al medicamento de miradas ajenas. Poca crema dentro del frasco: sólo una dosis más. Sólo para hoy.

Me unto y espero.

Necesito ver al doctor Kel, hoy.

Necesito crema, hoy.

* * *

Entro a la oficina, empiezo a hacer lo de siempre y dejo que el tedio me vaya tomando. El jefe mira su reloj y camina hacia mí. Va a preguntarme por qué llegué tarde; otra vez, tarde.

¿Qué excusa le di la semana pasada?

Que, al salir de casa, se había trabado la llave en la cerradura.

Y, el mes pasado, ¿qué excusa le di...? Debiera comprar una libretita de bolsillo y ahí anotar mis justificaciones, para consultarlas y no repetirlas; pero eso sería tejer un hilo nuevo en la red haciéndola más compleja aún.

Ya está cerca, el jefe. Por un instante siento el deseo de decirle la verdad y mandar al carajo mi puesto. Eso sería romper uno de los principales hilos en la malla de dependencias; eso sería libertad, y tragedia: una caída libre en la fosa.

Se detiene junto a mi escritorio, el jefe, y me mira. Corresponde que yo salude primero:

—Buen día.

Responde el saludo y me pregunta:

—¿Qué le pasó? ¿Otra vez problemas con la cerradura?

—No; estuve con vómitos, fiebre... Algo que comí me cayó mal.

—Ah, lo mismo que el mes pasado -y se queda mirándome. Los dos sostenemos el silencio, pero a mí me pesa más que a él: la piel se comienza a tensar sobre la herida. No sé qué espera el jefe sosteniendo, inmutable, su mirada y su silencio; tal vez, que yo agregue algo más convincente. No quiero que el silencio, que sostengo y me tensa, termine por desgarrarme la cara ante sus ojos; por eso, agrego algo que, en caso de no convencerlo, al menos lo haga irse de una vez:

—Cuando me sentí un poco mejor, vine. Iba a faltar, pero se hubiera atrasado el trabajo.

El jefe, que tiene el cansancio pesándole en los ojos, mira hacia el suelo y me dice:

—Siga con lo que estaba haciendo.

Y yo sigo, sigo con lo que siempre hice; quizá, con lo que siempre voy a hacer.

Veo al jefe alejarse. El cansancio le está tomando el cuerpo; cuerpo que, cada día, se inclina un poco más hacia el piso, hacia la tierra: está en el pasaje de lo vertical a lo horizontal. Tiene demasiados restos de cansancio acumulados, restos que ya no va a poder deshacer. Cuando le ocupen todas las partes, su pasaje va a terminar. Tal vez, yo, cuando llegue ese momento, le arroje un puñado de tierra.

Yo, que camino sobre hilos delgados de una trama demasiado abierta; yo, que no puedo evitar ver la fosa debajo de la trama; yo, que estoy haciendo equilibrio sobre mi último instante, supongo que voy a arrojar un puñado de tierra en la fosa de otro. Soy patético: no quiero deshacerme de mi esperanza, aunque sepa que es tan absurda como cada partícula del universo.

Necesito mis restos de esperanza estúpida para seguir vivo.

* * *

Me acerco a la ventana de la oficina. Tras el vidrio, sombras del atardecer empiezan a estirarse sobre el pueblo; sombras que van haciendo difusos los límites de todo.

Y allá, la forma difusa de alguien subiendo al micro; micro que una vez al día, a estas horas, pasa rumbo a la ciudad; micro que a todos les hace un esbozo de sonrisa y un suspiro que disimulan; sonrisa esbozada y suspiro de quien confirma una creencia; creencia en que algo, más allá de este pueblito, existe; algo que, tal vez, los ampara.

Comienza a avanzar el micro y, levantando tierra, pasa frente a esta ventana. Tras la tierra suspendida va desapareciendo; desapareciendo, quizá, como desaparece todo.

Dentro de la oficina, las sombras se van acumulando. Miro mi reloj. Ocho horas de trabajo, casi. Falta un minuto. Me detengo. Y detengo el

cansancio antes de que me ocupe todas las partes.

Vuelvo a mirar el reloj.

Horario cumplido.

Salgo de la oficina y entro en las calles pintadas con el ámbar del atardecer. Mis piernas comienzan a hacer pasos rápidos.

Al doblar por una esquina me cruzo con dos oficiales de Seguridad Sanitaria. Ahora sé que Mariela no habló. Todavía, no habló.

Mis piernas siguen haciendo pasos rápidos. Suela y suelo hacen los ruidos de mis pisadas; ruidos que empiezan a mezclar su compás con el de los latidos, cada vez más agitados, de eso que tengo en la cara, bajo la piel.

Latidos, y más latidos. Alcanzo a oír, ahogados, sus gritos espasmódicos. Soy yo el que los ahoga, con un fármaco.

Soy el represor de eso que late, que pulsa.

Soy el represor de lo que busca salir en mí.

Soy mi represor; necesito serlo: si la herida sale, va a entrar el dolor; también, el pavor en los ojos que la vean; ojos que van a hacer juicios, juicios que van a hacer la posibilidad de mi encierro en el Instituto. Por eso, soy el represor tenaz de lo que quiere expresarse, y matarme.

Con disimulo, apoyo el dedo índice en el medio de la frente y lo deslizo hacia abajo, como si amoldara una línea recta a los relieves de la cara, hasta llegar al mentón. Las dos partes siguen unidas, pero los latidos son cada vez más fuertes: el efecto de la crema se está terminando. Antes de tiempo se está terminando. Necesito una dosis de refuerzo, pero en el frasco sólo hay vacío. Por eso, mis piernas hacen pasos veloces hacia la casa del doctor Kel.

Camino empujando el aire: hago vientos sobre mí. Y todo me resbala en la mirada: sólo veo formas que no se meten en mis ojos, formas a las que no logro darles un sentido: estoy demasiado ocupado en reprimir esa cosa maldita, maldita cosa que está llenándome el cuerpo con terror.

Miro uno de los lados del terror. Está en mis piernas haciendo pasos urgentes. Pasos que necesitan reducir el mapa del pueblo, y de mi vida, a un camino con una sola sucesión de hechos y cosas: la consulta al doctor, la receta, la farmacia, la *Crema de Nodus* untada en la herida. Y, después de que la crema haga su efecto, debo convencer a Mariela para que no

hable.

Sigo avanzando. Hago camino hacia la salvación parcial.

* * *

La puerta está entornada. Entro a la casa de Kel. En el comedor, algunos vecinos rodean un ataúd abierto y montado sobre dos caballetes. Olor denso, repugnante, de flores y más flores repartidas por todos lados. Me acerco al grupo, miro dentro del ataúd y veo al doctor tendido con su traje de siempre. Su piel está amarillenta en manos y cara; sus labios, mal cosidos. Labios como dos alambres que alguien retorció con saña: la sutura, que le tensa la piel y le deforma las facciones, está abierta en un costado; y allí, entre los hilos flojos, veo el hueco oscuro de su boca.

Un insecto se posa sobre uno de esos hilos; comienza a moverse despacio, haciendo equilibrio para no caer en el agujero: no quiere morir dentro del muerto, no quiere que el muerto lo mate.

El insecto se mueve sobre los hilos de una red; yo no: el hilo principal de mi red está roto, y la trama se deshace: Kel, muerto; yo, sin receta.

Crema de Nodus. Venta bajo receta archivada. Si el farmacéutico hiciera una excepción...

Pregunto a alguien que está a mi lado:

—¿Cuándo murió?

—Ayer.

Ayer... Si hubiera sido previsor, si hubiese venido anteayer, ahora no me estaría empezando a morir.

¿Cuánto tiempo me queda? Siendo optimista, unas pocas horas.

Empiezo a sentir espasmos: la herida busca salir; y el dolor, entrar.

Mi muerte erra y vibra en el aire. La huelo. Y puedo oler la muerte del doctor: olor a podrido sale de su boca mal cosida; olor que se mezcla con el de la colonia que tiene en la cara. Mezcla que sube, me llena la nariz, la boca, la garganta, y baja al estómago. Estoy llenándome de olor a

muerte, y de muerte. Necesito vaciarme ya.

Apresurado, salgo de la casa. Me acerco a un árbol, apoyo una mano en el tronco y la cintura se me quiebra. Vomito.

Entre el mentón y la frente, frente y mentón, golpes como latigazos, desde dentro hacia fuera, empiezan a desgarrarme la piel. Y caen las primeras gotas de sangre. Gotas que, en la tierra, junto al árbol, se mezclan con el vómito.

Lentamente, se va haciendo un hilo rojo entre mi cara y el suelo.

Mientras estoy inclinado sobre la mezcla, veo los zapatos y el pantalón de alguien que se detiene a mi lado, muy cerca. No se va, se queda ahí parado. Lamo mis labios partidos y escupo sangre cerca de sus zapatos; pero sigue ahí, inmutable.

Sin mirarlo, le pregunto:

—¿Qué necesita?

—...

—¿Necesita algo?

—No, pero usted sí —dice. Y, extendiendo una mano, acerca a mis ojos un cartoncito rectangular pinzado entre dos dedos—. Le dejo mi tarjeta —y la mete en el bolsillo de mi saco—. Lo espero hoy.

Se va.

Meto la mano en el bolsillo. Toco la tarjeta y un pañuelo, pañuelo que agarro y llevo a mi cara. Y la sangre empieza a entrar en esta tela que cubre groseramente el límite de dolor y miedo. Miedo a la humillación y a la muerte; también, al encierro en el Instituto de Seguridad Sanitaria.

El Instituto.... Nadie sabe qué hay allí, salvo quienes fueron encerrados y jamás liberados.

La sangre sigue entrando en el pañuelo que cubre mi surco. Pero este pedacito de tela no alcanza para cubrime, por entero, ante los ojos de la gente.

Miro hacia la casa de Kel. Por la puerta salen seis vecinos aferrando las manijas del ataúd. Con el cortejo detrás, caminan lentamente hacia el cementerio. Cuando lleguen van a acomodar el cajón dentro de alguna fosa. La tierra que arrojen allí va a ser el cosmético que cubra, que haga

imperceptible, lo que les causa repulsión y temor.

De eso me cubro: de la repulsión y el temor que pueda provocarles. No quiero que me encierren por seguridad sanitaria; encierro que sería el prólogo a sus puñados de tierra sobre mí.

Si la Naturaleza que me creó fuese un poco piadosa... ¿La Naturaleza? Ella no sabe de mí, ni de nadie, ni de nada; ella es, pero no sabe que es; ella hace, pero no sabe que hace. Pedirle piedad sería absurdo. Lo que no sería absurdo, si cayera mi máscara, es pedir piedad a los habitantes del pueblo. Pero eso es futuro, posibilidad: lo que no existe. Lo que existe es ahora, y sólo quiero *Crema de Nodus*; sólo quiero seguir viviendo. Todavía no cavaron mi tumba.

El anochecer se demora, y la penumbra del atardecer no me cubre ante las miradas cargadas de juicios y posibles condenas.

Atardecer. Hermoso y maldito atardecer.

Muevo las piernas y empiezo a hacer el camino más corto hacia casa. Acorto el recorrido por la zona menos habitada: acorto la cantidad de ojos vecinos. Menos ojos hacen menos juicios. Pero, a pesar de los recaudos, siento las miradas pegándose y metiéndose en mi cuerpo. Y el corazón, como un puño enloquecido, comienza a golpearme, duro, las costillas. La sangre se mueve rápido, demasiado rápido: huye de las miradas que se le metieron, huye de lo que teme. Y esa huida hace el calor que está quemándome la carne. Estoy ardiendo.

La sangre, huyendo de lo que teme, busca una salida y la encuentra. Entre dos partes de mi cara, la encuentra.

En un descuido, el pañuelo empapado se me cae y se cubre con tierra. El tajo queda expuesto. Lo escondo, lo presiono, lo reprimo con las manos; manos que comienzan a ser desbordadas por el rojo; manos que no alcanzan para evitar el goteo continuo que va pintando la ropa y la piel.

Quienes me ven pasar, ¿qué interpretación estarán haciendo de esto que horroriza y fascina sus miradas?

* * *

Abro la puerta de casa y miro hacia atrás. Sobre la tierra de las calles fui haciendo un reguero; reguero que empieza en un árbol cercano a la

casa del doctor Kel y termina aquí, en el umbral. No me interesa tanto borrar ese rastro, sino el que quedó detrás de los ojos que, con asco y horror y fascinación, me observaron.

Dentro de la casa, silencio y oscuridad. Tiendo la mano hacia la pared más cercana. Tanteo. En la yema del índice se me dibuja la forma de una tecla. Presiono. Clic. Una lamparita hace luz, y la luz hace una aglomeración de formas y colores imprecisos que se atasca en mis ojos. Parpadeo con fuerza, y las formas y colores me van entrando despacio a medida que les doy un sentido: mano manchada con sangre, yema de índice manchando tecla de luz, pared con huellas rojas de palma de mano; y gotas de sangre seca -de hoy por la mañana- en el piso, entre el dormitorio y el baño; baño a donde entro, enciendo la luz y veo más sangre seca en el candado y en el espejo del botiquín; espejo en donde ahora contemplo mi monstruosidad.

Abro la canilla del lavamanos y el agua cae en forma de chorro; chorro en donde mis manos entran haciendo forma de cuenco, cuenco que se llena y rebalsa. Mi cara entra en el agua acumulada en las manos; agua que tiño de rojo. Deshago la forma de cuenco; y el agua cae en la pileta, se hace remolino que entra en la rejilla y desaparece. Cierro la canilla. La pileta queda salpicada por incontables gotas coloradas; las más cercanas al borde se deslizan lentamente hacia abajo y se unen a otras, formando gotas más gordas, que descienden y se unen a otras formando charquitos. Y se deshacen, los charquitos, formando hilos que se alargan hasta la rejilla de desagüe.

Hice un tejido en la cara de la pileta; ahora, lo tengo que hacer en la mía.

Abro la puerta del botiquín. En el primer estante, junto al frasco sin crema, una aguja para suturar ya está enhebrada: mi última alternativa; alternativa poco eficaz y, por eso, última.

Tomo la aguja y, al sacarla del estante, el hilo que le atraviesa el ojo la sigue. Cierro la puerta del botiquín y aparece el espejo que me va a guiar.

Entre el índice y el pulgar temblorosos, de mi mano temblorosa, vibra la aguja. Veo su punta entrando en un borde de la herida, y el dolor saliendo de mi cuerpo en forma de espasmos. Veo el hilo atravesando la carne, y el dolor saliendo de mis ojos en forma de agua. Veo la aguja, y el hilo guiado por la aguja, cruzando hacia el otro borde, y entrando, y saliendo. Con delicadeza tenso el hilo, y las dos orillas empiezan a tocarse.

Y sigo: reitero la maniobra haciendo nuevos puntos que acerquen los

márgenes de la fosa.

Sigo, a pesar de que, en pocas horas, las dos partes se van a tensar hasta desgarrarse de la costura; desgarrarse para mostrar lo oculto, para desangrarme, para matarme.

Sigo, a pesar de todo.

Llego al labio superior y corto el hilo.

Y vuelvo a empezar en el labio inferior.

Cuatro puntos más y acabo.

Uno... *Espejito, espejito...* Dos... *del botiquín...*, Tres... *¿ya se acerca...* Cuatro... *el fin?*

Corto el hilo y le hago un nudo que se parece a un moño. Hermoso, el moñito. Para regalo.

Entre mentón y frente, frente y mentón, hice dos labios. Dos labios groseramente unidos. Labios de una boca que no puede gritar. Labios de una boca que silencié. Labios de una boca muerta que va a resucitar dentro de unas horas.

Cambiaría estos labios por los de la boca muerta de Kel.

Me quito la ropa ensangrentada, pegada al cuerpo ensangrentado, y la dejo caer al piso. Abro la canilla de la ducha. El agua suena en la cañería, y los agujeritos de la regadera hacen formas de gotas; gotas que caen en el fondo de la bañera donde se funden haciéndose charco, charco que se va por el desagüe. Y así es todo, siempre: algo se hace forma; y, después, la forma se deshace y vuelve a ser lo que era -algo-. Voluntad sin sentido que se hace y deshace eternamente. Y yo me estoy deshaciendo: me está llegando el momento de ser lo que era antes de existir; me está llegando el momento de volver a lo indecible, a lo innombrable.

Entro en la lluvia. Las gotas golpetean sobre mi piel pintada con rojo. Y mueren las gotas, después del golpeteo, haciéndose agua informe que baja degradando el color, hasta que un rosa pálido llega a los pies, se suelta, tiñe el fondo de la bañera y se hunde en el desagüe. Cierro la canilla.

Salgo del baño pateando la ropa sucia. Yo y la ropa entramos en la penumbra del dormitorio. Queda en el piso, la ropa, al costado de la cama; cama con manchas de sangre seca en las sábanas, cama en donde me dejo caer. Y la parte de atrás de mi cuerpo llena el hueco que hace en

colchón y almohada. Cierro los párpados y espero que se me haga el sueño, un sueño breve que deshaga la tensión; pero llega y se va haciendo el hambre. Hambre que se clava en el fondo del estómago, y que después sube, lenta y suavemente, hasta la garganta. Y lame la garganta, el hambre, y la excita, y la ensancha, y la penetra hasta tocar la boca que se llena con saliva. Se me hace un sabor a carne asada que comienza a trepar hacia los ojos. Los párpados se abren y veo la herida navegando en la penumbra. Y el terror amarga la saliva; saliva que trago, que baja y deshace el hambre. Una punzada en el estómago hace subir ácido hasta la garganta, garganta que se abre al mismo tiempo que mi boca. Saco la cabeza fuera de la cama y vomito. Miedo vomito. Una parte del miedo sale de mí; otra se queda dentro, encarnándose.

Enciendo la luz del velador. Miro la ropa que dejé tirada en el suelo: ropa ensangrentada y mezclada con el vómito; mezcla en donde asoma un bolsillo del saco, bolsillo donde meto una mano y agarro lo que busco. Y sale, mi mano, con una tarjeta de presentación entre los dedos.

Gabriel Berro.

Médico.

Calle 11. Casa 9.

Muerto Kel, no hay más opción que Berro.

No sé mucho de ese tipo. Sé lo que se dice de él: que cobra caro, muy caro, las consultas; que, a pacientes que ya curó, sigue citándolos y cobrándoles una consulta semanal durante años; que quienes se resisten a esas consultas son visitados, y algunas veces arrestados, por oficiales de Seguridad Sanitaria; que está vinculado, de algún modo, con el Instituto...

“Lo espero hoy”, dijo después de meterme la tarjeta en el bolsillo. ¿Por qué “hoy” y no “mañana” o “cuando usted quiera” o, simplemente, “Lo espero”? Mientras vomitaba junto al árbol, tal vez él haya visto cómo se abría, sin motivo, la herida; y cómo brotaba, sin motivo, la sangre. Si vio eso, es obvio que se haya extrañado. Y quizás, extrañado, y alarmado, haya supuesto que tengo algún tipo de peste que pueda afectar al pueblo; y específicamente a él y a su familia, si es que tiene familia.

“Lo espero hoy”.

¿Eso es una orden, una amenaza solapada o ambas cosas? Intuyo que no es una invitación cordial para auxiliarme sin más interés.

Berro me espera en vano. Cuando se canse, quizá pida a oficiales de Seguridad Sanitaria rastrear el goteo que dejé en las calles.

Tal vez me visiten.

Estrujo la tarjeta y la dejo caer sobre el vómito.

Tengo algunas horas hasta que la herida tense los hilos y vuelva a sangrar hasta matarme.

Tengo la desesperación suficiente como para rogar al farmacéutico que haga una excepción: venderme el medicamento sin receta.

Tengo gasas y tela adhesiva para ocultar estos labios cosidos, groseros. Puedo vendarme: enmascararme para cruzar el límite, el vacío, y llegar a los otros.

Me levanto, salgo de la pieza y entro en el baño. Frente al espejo empiezo a hacer la máscara: una franja de gasas cruzada por tiras de tela adhesiva.

Poco discreto, el vendaje que hago; pero menos discreto es lo que va quedando oculto.

Máscara hecha. Ahora tengo que hacer una mentira que la justifique, una mentira para seguir actuando el papel de *uno más* en el pueblo. Pero... Pero si Berro, o cualquier otro, vio a la herida abrirse y sangrar sin motivo aparente... Necesito crear una historia que justifique eso: la ausencia de motivo. Necesito crear una razón para lo que no tiene razón. Necesito crear una mentira simple; también, incuestionable: algo así como "Estaba mareado, descompuesto... Y, al inclinarme junto a un árbol para vomitar, me rajé la cara con una saliente del tronco. Debe haber sido un clavo, o quién sabe..." Sí, podría ser: es creíble. ¿Y si me preguntaran cuál

es el árbol? Podrían preguntármelo para quitar la saliente y evitar que pase otra desgracia. Entonces, contestaría que no me acuerdo. Así de simple. Pero quizá se acuerde Berro, o cualquiera que me haya visto herido y vomitando junto ese árbol que digo no recordar.

Tengo que inventar otra historia: una mentira que pueda sostener ante todos, una mentira inobjetable.

Podría decir que, al estar descompuesto y mareado, caí al suelo y me hice un corte con algo tirado por ahí. Sí; pero tal vez me hayan visto caminar, sin herida, desde la casa de Kel hasta el árbol. En fin, otra historia ineficiente.

Ya no puedo pensar bien; debe ser el cansancio, el dolor, el sufrimiento, supongo. No encuentro los hilos, las mentiras, para seguir tejiendo la red. Si pudiera crear una mentira adecuada para convencer a quien dude, crearía una verdad: la creación de una realidad se resume a ese mecanismo. Pero ya no tengo fuerzas para seguir creando.

Salgo de la casa y entro en las calles. Calles en donde se está acumulando la oscuridad del anochecer. Oscuridad que ayuda a ocultarme.

La luz de la farmacia está encendida. Cruzo de vereda y entro. El farmacéutico me observa mientras avanzo hacia el mostrador. Su mirada entra por mi cara, baja hasta las piernas y me rompe el ritmo de los pasos.

Corrijo el ritmo y saludo:

—Buenas.

—Buenas noches -contesta y, sin darme tiempo para pedirle lo que necesito, pregunta-: ¿Qué le pasó?

—Un accidente. Nada importante. Necesitaría...

Me interrumpe:

—¿Y cómo fue?

—Cuando salí del velatorio de Kel... Sabe que falleció, ¿no?

—Sí, por supuesto —dice, y me mira en silencio instándome a seguir con el relato.

—Salí del velatorio muy descompuesto, mareado... Supongo que me bajó la presión. Y, en fin, caí al suelo y me corté con algo; no sé con qué.

—Por el vendaje que tiene, la herida debe ser grande.

—No, el vendaje es grande; la herida, más o menos —digo—. Pasa que no sé vendarme— y, para intentar dar cierta veracidad a mi ineptitud para hacer máscaras, armo una mueca de sonrisa estúpida que me duele en toda la cara.

—Debiera darse la antitetánica, por las dudas.

—Usted me la dio el año pasado —y, para evitar más digresiones, agrego con rapidez moderada—: Lo que andaba buscando es *Crema de Nodus*.

—¿*Crema de Nodus*? —pregunta, mientras ladea la cabeza con lentitud y recorre con la mirada mi vendaje—. No le va a servir para esa herida.

—No, no es para la herida.

—Ah... —y, con la cabeza ladeada, me observa en silencio hasta que pregunta—: ¿Me permite la receta?

—No la pude conseguir. Hoy fui a ver a Kel para que me recete; pero, bueno, como le dije, me encontré con que... Usted sabe que cuando le compro la crema traigo la receta de Kel.

—¿Para qué necesita esa crema? Se lo pregunto porque, al ser un medicamento con indicaciones amplias, tal vez lo podamos sustituir por otro; uno que no requiera receta.

—Kel los probó todos, con y sin receta, y el único que me funciona es el que le pido.

—Ah —dice. Y se queda callado, como cediéndome la palabra.

—...

—No me dijo para qué la necesita.

Con tono suave para que no suene dura la respuesta, digo:

—Eso... es personal.

—Claro, entiendo. Pero usted sabe que no puedo venderle ese medicamento sin receta.

Manteniendo el tono suave, y agregándole un matiz dulce y cómplice, digo:

—Usted sabe que sí.

Copiándome el tono y el matiz, dice:

—No me expresé bien, creo. No voy a correr el riesgo de venderle ese medicamento sin receta. Si se lo administra mal, le puede causar la muerte. Y, ¿quién sería el responsable por habérselo vendido? Yo.

Perdiendo el tono y matiz impostado, digo:

—Pero, ¿de dónde voy a sacar una receta? Kel está muerto.

—¿Por qué no va a ver al doctor Berro?

—Porque cobra mucho -digo-, y yo tengo menos que poco.

—Entonces, vaya a la ciudad y hágase ver en el hospital. Ahí lo van a atender y le van a recetar lo que necesite.

—Sí, pero el micro recién vuelve a pasar mañana a la tarde.

—¿Y cuál es el problema?

—Que no puedo esperar tanto -digo.

—¿Tanto? No me parece tanto; pero, bueno, usted sabrá.

—Créame: si no me vende la crema, voy a estar muerto en unas horas.

En la cara del farmacéutico se hace una media sonrisa.

—¿Muerto? Eso "personal", como usted dijo, ¿le va a causar la muerte?

—Sí.

—Entiendo. Y ahora entienda usted: aunque intente hacerme sentir responsable de su muerte, de su supuesta muerte, no voy a venderle la crema.

—Ahora no se va a sentir responsable; mañana, sí.

En silencio, me mira con ojos calmos, como si estuviera reflexionando sobre lo que dije.

Sale del silencio preguntándome:

—¿Cuál es su apellido?

—Celar.

—¿Cuándo fue la última vez que compró la crema?

—Hace un mes, más o menos. No me acuerdo la fecha exacta.

Abre un cajón del mostrador y saca un fajo de recetas, recetas que comienza a revisar con detenimiento hasta encontrar la que busca:

—Aquí está -dice, y acerca a sus ojos el papel-. Celar, Joaquín. Sí, compró la crema hace un mes y pico... Calle 6, casa 18 ¿Es su dirección actual?

—Sí.

—Bien -dice, y guarda la receta en un bolsillo de su guardapolvo-. Ya voy a cerrar; así que, si puede ir saliendo...

—¿Por qué me preguntó si era mi dirección actual?

Armando otra vez su media sonrisa, contesta:

—Para saber, simplemente. Por nada en especial.

—¿Por nada en especial? No hace falta que mienta.

Al farmacéutico se le deshace la media sonrisa y dice:

—¿De qué habla?

—Sabe de qué hablo.

—Váyase, por favor.

—Sí, me voy. Y usted váyase al carajo.

Salgo de la farmacia y entro en la oscuridad silenciosa. El ruido de mis pisadas deshace el silencio y me delata, pero ya no importa. La luz que sale por algunas ventanas deshace pedazos de oscuridad y me expone, pero tampoco importa.

Ya nada importa demasiado.

Veo la silueta de una mujer avanzando hacia mí. Y descubro a Mariela deteniéndose a pocos metros. Me observa con terror, un terror que parece golpearle los ojos. Baja la mirada y cruza la calle con rapidez, casi a la carrera. Huye, y la voy perdiendo de vista. ¿Qué sentido tiene pedirle que no hable sobre la monstruosidad que vio esta mañana? Ahora, lo único que tiene sentido es no sufrir la muerte.

Sigue delatándome el sonido de mis pasos. Sigue exponiéndome la luz de las ventanas. Cualquiera puede verme. Cualquiera puede escucharme. Pero nadie puede ver ni escuchar el dolor que se hace en mi cara y que, como una descarga eléctrica, me recorre el resto del cuerpo. Nadie puede ver ni escuchar el chirrido de mis dientes intentando triturar el sufrimiento. Nadie puede ver ni escuchar la impotencia que me hace agua en los ojos. Nadie puede ver ni escuchar este agotamiento.

Nadie puede ver ni escuchar la devastación en mí.

Entro a la casa, y a la oscuridad de la casa. No enciendo las luces. Ya no hay nada que quiera ver. Doy un paso y sé que ahí, a mi izquierda, está la cocina. Sigo de largo, dos pasos más: el comedor. Toco un ángulo de la mesa. Cuatro pasos más, y rozo la puerta del baño. Últimos tres pasos, y tanteo la cama. Cama donde acuesto mi cansancio, cansancio creado por el tormento; cansancio que hace al sueño que me está tomando.

Me dejo tomar...

...**O**scuridad. Oscuridad solamente.

Mis piernas moviéndose, haciendo pasos desorientados en la oscuridad. Y mi corazón golpeando duro las costillas, intentando romperme el pecho para huir; huir de una caverna oscura para entrar en otra más oscura. Golpes, más golpes. Y el retumbar trepando hasta mi cabeza para hacerla arder en el aturdimiento.

Y un relámpago de luz roja partiendo la oscuridad, deshaciendo la oscuridad, iluminando las formas de un recuerdo; tal vez, de un recuerdo: parado en el umbral de una casa, un chico en calzoncillos. El horror colgando de sus ojos.

Y voces, alguna vez oídas, comenzando a salir del interior de la vivienda; voces furiosas y sarcásticas insultando a alguien y ordenándole que se acerque.

Y el chico empezando a temblar. Y el pavor haciendo espasmos en su cara. Y yo pidiéndole que no haga caso a lo que oye; que no vaya, por favor. Y el chico, que no parece verme ni escucharme, entrando a la casa.

Y el sonido aturdidor y constante de golpes secos. Golpe tras golpe, tras golpe, y más, y más.

Basta.

Basta, por favor...

...**S**e me abren los ojos en la oscuridad de la pieza. Golpes fuertes y secos se repiten en la puerta de entrada.

Estoy vivo, pero en otra caverna.

Enciendo el velador. Me levanto y, arrastrando los pies, salgo de la habitación. Avanzo en la penumbra del comedor hacia la puerta en donde vuelven a repetirse los golpes.

—¡Ya va! ¿Quién es?

—Seguridad Sanitaria.

Miro a través del agujero de la cerradura. Distingo una parte del guardapolvo blanco y un palo corto, negro, sostenido por una mano. Me alejo de la puerta.

—¿Qué necesita?

—Hacerle unas preguntas.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Abra así hablamos tranquilos.

Escapar. Entregarme para que me encierren, no; morir sufriendo aún más, no.

¿Para qué quieren encerrarme?

Para encerrar su miedo.

—Espere que busco las llaves.

¿Por dónde escapo?

Entro en la pieza y apago la luz del velador. Me acerco a la ventana y miro a través de una rendija entre los postigos cerrados. Veo la silueta de otro oficial apostado a poca distancia. No tengo salida.

Se repiten, brutales, los golpes en la puerta de entrada; golpes que violan mis oídos y saturan mi cabeza, golpes que bajan hasta llenarme el resto del cuerpo. Y mi cuerpo, lleno, se vacía temblando.

Descargándome en temblores, vuelvo al comedor y enciendo la luz. Para no dilatar lo inevitable, abro la puerta; y el palo negro avanza veloz, en punta, hacia la boca de mi estómago. El impacto me arranca el aire, me dobla el tronco hacia adelante, me afloja los músculos de las piernas; pierdo el equilibrio, doy unos pasos hacia atrás y caigo al suelo. Vuelco el cuerpo hacia un costado buscando aire.

Poco a poco, entre boqueos y tosidos, se me va regularizando la respiración. Me quedo quieto, ladeado en el piso. Frente a mi cara, los zapatos negros y el pantalón blanco del oficial.

—Boca abajo. Manos en la nuca –me ordena.

Lo hago. Y el mentón sobre las baldosas hace más dolor en la herida.

La punta del palo se hunde en mi espalda.

—Afloje un poco -le pido-. No puedo respirar.

Hace ceder la presión y ordena con voz desganada:

—¡Cardozo, venga!

Tacos y suelas golpean fuera de la casa, en la vereda, y hacen el ritmo de un trote; trote que, imagino, debe ser del oficial que vi apostado cerca de la ventana del dormitorio; trote que, al entrar a la casa, se va convirtiendo en pasos lentos acercándose a mis oídos. Y aparecen, a un lado de mi cara, dos zapatos marrones bajo pantalones blancos.

Suena aguda y agitada la voz de quien, supongo, es Cardozo:

—Diga, Ferreiro.

—Llame al farmacéutico.

Los zapatos marrones giran hasta apuntar hacia la puerta y avanzan; los pierdo de vista, pero oigo su resonar alejándose hasta detenerse en la vereda. Un momento después, siento diferentes ritmos de pasos entrando a la casa.

Desaparece la presión del palo sobre mi espalda y Ferreiro me ordena:

—Dese vuelta. Boca arriba, despacio.

Obedezco girando el cuerpo, y veo a los oficiales. Los reconozco: hoy me los crucé al salir de la oficina. Detrás de ellos, cerca de la puerta, el farmacéutico.

Cardozo le pregunta:

—¿Es este?

—Sí -contesta.

—Muy bien. Gracias por la ayuda.

—¿Algo más? -pregunta con tono servil.

—No, ya puede irse.

El farmacéutico sale de la casa.

Cardozo me ordena:

—Boca abajo. Manos en la nuca.

Lo hago. Y él deja caer, cerca de mi cara, una mochila; del interior saca una tela blanca y la despliega sobre el piso. Veo, cosidos a la tela, correas de ajuste y aros de metal.

—Meta las manos —ordena, poniendo ante mi vista las bocas de dos mangas excesivamente largas, tan largas como los de una camisa de fuerza.

Hago lo que pide.

Con movimientos rápidos y hábiles me enfunda los brazos.

—Levante el pecho.

Obedezco.

Dando tirones rápidos extiende el resto de la prenda por debajo de mi cuerpo, hasta la cintura. Sobre la espalda me ajusta y cierra esto que, evidentemente, es una camisa de fuerza.

—Cruce los brazos adelante, y quédese boca abajo.

Lo hago. Y mis brazos van oprimiendo las costillas mientras Cardozo, por detrás, ajusta los extremos vacíos de las mangas.

Deja de maniobrar y ordena:

—Ahora tire, záfese.

Intento cumplir la orden, pero es imposible.

—No puedo.

Cardozo me da un par de palmadas en la espalda.

—Mejor así —dice—. Ahora lo ayudamos a levantarse.

Agarran la camisa por los hombros, tiran hacia arriba y mi cuerpo

empieza a elevarse oblicuo.

—¡Párese! —me ordena Ferreiro.

Cumplo.

Cardozo me conduce hasta la mesa y, señalando una silla, dice:

—Siéntese.

Lo hago.

—¿Sus documentos? —me pregunta Ferreiro.

—En el saco; está en la pieza —contesto.

Cardozo avanza hacia el dormitorio y, cuando entra, lo pierdo de vista. Momentos después, reaparece con una expresión de asco en la cara.

—¡Qué lo parió! —dice, y tira mis documentos sobre la mesa.

—¿Qué le pasa? —pregunta, sin ganas, Ferreiro.

—Sangre por todos lados, vómitos... Vaya a ver.

A Ferreiro parece no interesarle. Mete una mano en el bolsillo de su guardapolvo, saca un papel en el que hay algo escrito y lo pone sobre la mesa, a un lado de mis documentos. Reconozco, en el papel, la receta que el farmacéutico sacó del fajo. Ferreiro se inclina sobre la documentación, la observa. Parece cotejar datos.

Alza las cejas y dice:

—Listo. —Mete documentos y receta en un bolsillo del guardapolvo—. Vamos yendo.

—Párese —me ordena Cardozo.

Cumplo.

Salimos de la casa. Entramos en las calles. Ferreiro camina a mi lado; Cardozo nos sigue detrás. Oscuridad y silencio. Sólo oigo nuestros pasos, y el latido de esto que me parte la cara.

Nos detenemos en un bosquecito que linda con el caserío. Los oficiales encienden sus linternas y hacen dos círculos llenos de luz que se mueven delante, sobre el suelo. En los agujeros de luz aparece un sendero angosto entre maleza y árboles. Ferreiro se ubica delante de mí y

comienza a avanzar. Cardozo ilumina mis zapatos, un tramo del camino y los zapatos de Ferreiro.

—Siga —ordena dándome un empujón hacia delante.

Obedezco: sigo los zapatos de Ferreiro adentrándose en esto que quizá sea un atajo al Instituto; o tal vez donde, unos pasos más allá o más acá, me maten. Me harían un favor si lo hicieran ahora.

La herida está tensando con fuerza la costura.

Los bordes empiezan a desgarrarse.

Sangre tibia entre la herida y el vendaje.

Basta de esto.

Basta de todo.

Basta.

La luz de las linternas se hace débil, cada vez más débil, como mis piernas...

...**O**scuridad.

Oscuridad en la que corro hacia ningún sitio, o hacia todos, tropezando con formas indescifrables. Y mi corazón no late, golpea; golpea, veloz y brutal, el pecho; golpea intentando destrozar las costillas para huir, huir de una celda para entrar en otra. Y el retumbar atronador de esos golpes trepa a mi cabeza y la hace arder.

Un relámpago de luz roja abre la oscuridad tiñendo formas de un recuerdo, un recuerdo tan dudoso...: parado en el umbral de una casa, un chico desnudo. Sus ojos son dos manchas de terror que se mueven desorientadas.

Del interior de la vivienda, comienzan a salir voces alguna vez oídas; voces furiosas y sarcásticas que insultan a alguien y le ordenan que se acerque; voces que se meten en el chico haciéndolo temblar mientras el

pánico le ocupa la cara.

Me acerco a él; le pido que no haga caso a lo que escucha, que no vaya, que no entre. Pero, al parecer, no me ve ni me oye; y va, y entra.

Y oigo el ruido de golpes secos. Quizá, golpes de un cuerpo sobre otro.

Momentos después, el silencio.

Sale de la casa, el chico, y avanza tambaleándose, cubriéndose la cara con las manos, gimiendo detrás de las manos. Cae de rodillas y se descubre. Sus ojos me buscan, y me encuentran. Su voz me nombra:

—Joaquín.

Yo asiento con la cabeza. Él se levanta, camina con lentitud hasta mí y, para no derrumbarse, me toma por la cintura. Lo ayudo a llegar al umbral; allí nos sentamos.

Y mi voz suena:

—Te dije que no vayas.

—...

Le acaricio el pelo y beso su herida oculta; él me abraza por el cuello con fuerza, demasiada fuerza.

Y comienzo a presentir su dolor en mi cara.

—Me tengo que ir —digo. Con suavidad, intento desprender sus brazos; pero él se aferra más.

—Quedate -me pide.

—No puedo.

—Sí, podés.

Con tono tranquilo y firme a la vez, le digo:

—Por favor, soltame.

—Quedate.

—No. Este lugar es tuyo, no mío.

—Es de los dos -dice.

—No; ahora, no.

Me paro con el chico agarrado al cuello. Con un movimiento rápido, se sube a mi espalda y me clava las uñas en la cara. Y su herida oculta se empieza a abrir en mí.

—¡Soltame! -le pido, mientras busco desprender sus manos.

—Quedate.

—¡Soltame, carajo!

—Te quedás conmigo -ordena.

—¡Soltá! ¡Me estás matando!

Y no puedo, no puedo quitármelo de encima. Sus dedos clavados en mi cara trabajan, ensangrentados, nuestra fosa...

Penumbra... Y dolor se me hace grito...

—Ahí vuelve. Cardozo, sosténgale la cabeza.

Luz... y la cara de Berro...

Penumbra...

Luz... y las hojas de una tijera se abren y cierran destellando ante mis ojos, sobre mi cara... penumbra...

Oscuridad.

* * *

Luz filtrándose por mis párpados y llenándome la cabeza. No hay dolor. Lentamente, los ojos se me abren. Rejas frente a mí, a pocos pasos. Y, al otro lado de las rejas, un pasillo; más allá, la ventana por donde entra luz; luz que cruza pasillo, rejas y que se mete entre estas dos paredes, una a cada lado de mi cuerpo; cuerpo arrodillado y, todavía, enfundado en esta camisa. Miro hacia atrás. Alcanzo a ver dos cadenas

sujetándome por la espalda; dos cadenas que se extienden, tensas, a mis costados, hasta las paredes en donde están amuradas. Imposible levantarme, avanzar, retroceder.

Resuenan tacos y suelas en el pasillo.

El sonido se hace más fuerte.

Berro aparece detrás de las rejas. Un guardapolvo le cubre el saco. Me observa un momento y se va. Regresa sosteniendo una silla. Empuja la reja y se abre, recortada en los barrotes, una puerta que no había distinguido hasta ahora. Entra, da unos pasos y coloca la silla frente a mí. Se sienta con lentitud. Con la misma lentitud, cruza las piernas. Me recorre con una mirada tan inexpresiva como su cara; cara en donde apenas se mueven unos labios delgados haciendo salir, suave y monótona, la voz:

—¿Cómo se siente?

—Un poco encerrado. Y encadenado. Y con las rodillas rotas. Pero, aparte de eso, bien.

—Por una parte, digamos que no está cómodo; pero, por otra parte, se siente bien. Aunque no es para brindar, me alegro.

—¿De cuál parte? -pregunto.

Berro separa las piernas, se inclina hacia adelante, y contesta:

—De las dos; de las dos partes, unidas. -Acerca una mano hasta mi cara y, presionando levemente con el pulgar, me recorre desde la frente hasta el mentón-. Le quité los hilos. -Mete la mano en el bolsillo del guardapolvo y saca un frasco pequeño. Lo observa-. Le puse un poco de esto: *Crema de Nodus*. -Levanta la mirada hacia mí-. ¿Es lo que andaba buscando?

—Sí.

Asiente con un movimiento de cabeza. Guarda el frasco en el bolsillo del guardapolvo y vuelve a cruzar las piernas. Me pregunta:

—¿Sabe por qué está acá?

Aunque yo lo sepa, o suponga, es él quien debe informarme.

—Cuénteme usted -le pido.

—Que le cuente. Bien, le cuento: culpó al farmacéutico de una muerte, una posible muerte. Error, Celar. Gran error. Le di mi tarjeta ayer, ¿se acuerda...?

Pongo la mirada en el suelo mugriento y espero callado que siga con lo que quiere decir.

—...No se acuerda; yo sí: lo vi salir del velatorio de Kel. Lo vi vomitar. Y vi cómo se le abría, de la nada, esa herida; después, la sangre... Me acerqué y le di mi tarjeta. ¿Voy bien? ¿Le estoy refrescando la memoria?

—Dígame qué necesita.

—Para empezar, que me explique por qué no vino a mi consultorio.

—No tengo mucho dinero -digo.

—¿Kel no le cobraba la consulta?

—Sí, pero menos de lo que cobra usted. Mucho menos.

Levanto la mirada y veo un trazo de sonrisa en sus labios, trazo que se desarma mientras me pregunta:

—¿Cómo sabe cuánto cobro?

—Cualquiera lo sabe.

—Bien; entonces, este es el lugar en donde le corresponde estar -dice, mientras una de sus manos acaricia el dorso de la otra-. Aquí no va a tener que pagar nada.

—Gracias. Una suerte que exista este lugar.

Berro asiente con lentitud.

—Eso es verdad -dice.

—¿Me puede quitar las cadenas, la camisa...?

—No; mientras esté en observación, no. Es el protocolo, Celar; lo lamento.

—Lo dudo.

—¿Qué duda?

—Que lo lamente.

Noto que se aprieta la mano que antes acariciaba.

Dice:

—Es lamentable su situación, ¿no le parece?; si no, mírese.

—¿Y quién me puso en esta situación? Usted.

—Debiera estar agradecido. Le salvé la vida, supongo.

—Por favor, lléveme al hospital de la ciudad.

—Sí, eso se podría hacer -dice-. El problema es que no tenemos con qué trasladarlo. Se rompió el carburador de la ambulancia. Nos tienen que mandar uno, justamente, de la ciudad. Hace más de un mes que lo encargamos, pero...

Lo interrumpo:

—Pueden llevarme en el micro, a la tarde.

—Los traslados se hacen en ambulancia, obligatoriamente; es el protocolo.

—Me toca la herida sin guantes, no usa barbijo... Sabe que esto no es contagioso. Y sabe que no habría peligro para los pasajeros si me trasladan en micro.

—Hábleme sobre su problema -dice-. Lo escucho.

—¿Qué necesita saber?

—Todo: la causa, cuándo empezó, cómo... Todo.

—¿Para qué?

—¿Cómo para qué? Usted tiene un problema; yo puedo intentar solucionarlo.

—¿Solucionarlo totalmente?

—Sí.

—Ya lo intentó Kel -digo.

—No soy Kel. Permítame intentar.

—...

—¿No confía en mí? -pregunta con un dejo de asombro en la voz.

—Confío tanto como usted en mí.

—Yo confío en usted.

—Entonces, al menos, quíteme las cadenas y la camisa.

—Ya le dije; aquí hay un protocolo de internación, hay un reglamento interno.

—Puede hacer una excepción -digo.

—Y, después de esa excepción, me va a pedir que lo saque de la celda; y, después, del Instituto. Déjeme ayudarlo y concéntrese en lo importante: la herida, la historia de la herida. Vamos, lo escucho.

¿La historia? ¿Cuál es la historia de la herida? Una selección de hechos borrosos, hechos borrosos a los que doy una claridad conveniente para justificarme; un medio para lograr un fin. Eso es la historia. Y mi fin, ahora, es salir de aquí y llegar al hospital de la ciudad. Y por eso, hablo:

—De chico empezaron dolores en la cara. La herida apareció después, en la adolescencia. Y fui a ver al doctor Kel. Al principio intentó con suturas, varios tipos de sutura, pero siempre terminaban abriéndose; después me ordenó unos análisis de sangre, pero no encontró nada anormal; así que fue probando con medicamentos. Ninguno dio resultado, hasta que probó con la *Crema de Nodus*.

—Siga.

—Eso es todo.

—¿Todo?

—Sí.

—Por supuesto que no -afirma.

—¿Qué más quiere saber?

—¿Se lo repito? La causa, Celar; a causa de qué apareció el síntoma,

la herida.

—No sé. ¿Qué puedo decirle? Kel no encontró nada raro en los análisis.

—Y eso me lleva a usted. En usted está la causa, y la conoce.

—Conozco lo que le dije. Más que eso, no sé.

—Bien; entonces va a quedar en observación hasta que sepa.

—O hasta que arreglen la ambulancia -digo.

En los labios se le hace, casi imperceptible, refrenado, un asco furioso.

—Sí, pero primero va a hablar -dice.

—¿De qué? ¿De lo que no conozco? Usted es el doctor. Busque la causa, yo no la encuentro.

—¿Por qué se resiste?

—No me resisto, me resigno. Me resigno a vivir así, y a morir así. Y no perjudico a nadie.

—¿No perjudica a nadie? A ver, ¿qué supone que pasaría en el pueblo si se enteraran de su enfermedad?

—...

—Entrarían en pánico -dice, respondiendo a mi silencio.

—Y usted podría evitar eso.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Haciéndome una receta y dejándome salir de aquí.

—Lo que le pasó ayer, lo que yo vi, podría volver a pasar -dice-. Tal vez, un día se le termine el medicamento y yo no esté en el pueblo para hacerle una receta. También podría pasar que se olvide de su dosis, o que se exceda.

—Puedo irme del pueblo. Déjeme tomar el micro y no aparezco más.

—¿Para qué? ¿Para que le suceda, en otro lugar, lo mismo que acá? Entienda: no es una cuestión de lugar; cambiando de lugar no va a

cambiar su estado.

—¿Entonces? ¿Me va a dejar encerrado hasta que muera?

—No sea patético. Y hable.

—Ya hablé.

En la cara se le dibujan, tensos, los músculos de la mandíbula.

—Me quiere cansar, y lo está logrando -Hace una inspiración profunda, y exhala con lentitud dejando que su mirada se apoye en el suelo. Asiente; asiente a nada, a nadie. Enciende un cigarrillo, se levanta y comienza a caminar despacio alrededor de la silla. Hace pasos que van trazando círculos. Pita el cigarrillo y, un momento después, sopla el humo; humo que su cuerpo atraviesa mientras gira en torno a la silla. Rodeos y más rodeos a una presa que se escabulle. Se detiene, deja caer el cigarrillo y lo pisa con saña lenta, contenida. Vuelve a sentarse-. A ver si nos entendemos, Celar: usted sabe, no tengo buena fama en el pueblo; y eso implica pocas consultas. Tengo una familia que alimentar, ¿me sigue?

—Sí -contesto-, pero no sé qué tiene que ver conmigo.

—Tiene mucho que ver. Y le voy a ser clarito: en caso de que yo pudiera curarlo, usted, por gratitud, podría encargarse de cambiar algunas ideas (equivocadas, por supuesto) que la gente tiene de mí. -Hace una pausa y se echa hacia atrás hasta tocar el respaldo de la silla-. Le explico: el mes que viene se festeja el aniversario del pueblo, y voy a tener que decir algunas palabras en el escenario; después, si le parece bien, voy a hacerlo subir a usted y va a decir unas palabras de agradecimiento por su curación, por la atención gratuita, el buen trato que tuvo, etcétera, etcétera. ¿Qué le parece?

No puedo evitar sonreír.

—¿Me encerró para que haga eso?

—No, lo encerré porque es lo que debo hacer -dice-. Está enfermo, Celar, y es un peligro para usted y los vecinos. Y, además, ¿se olvida de la amenaza al farmacéutico? Mi deber es detenerlo y ponerlo en observación. Pero, bueno, aprovechemos la situación y ayudémonos. Ayudémonos mutuamente. No sé si está de acuerdo.

—...

—¿Está de acuerdo?

—Sí.

—Bien. Entonces, cuénteme sobre la causa.

—Le repito: no lo sé. Si hay una causa, no la conozco. Y, si me apura, le digo que no hay causa.

Una sonrisa tensa le desarma la inexpresividad de la cara. Y dice:

—Me hizo hablar como un imbécil. -Se levanta de la silla, camina hacia la reja y abre la puerta-. ¿Lo gozó?

—...

—Sí, seguro que sí.

Sale de la celda, cierra y se va. Sonido de pasos que se alejan rebotando en el pasillo.

Silencio.

La causa... No existe la causa, Berro; lo que existe es su necesidad de una causa, de un origen que pueda explicar lo que no entiende; lo que existe es su creencia en algo que va a salvarle la reputación en el pueblo.

Al fin y al cabo, Berro es un creyente, un hombre con fe; yo no. Pero, de todos modos, si tuviera fe en la existencia de una causa, ¿cómo justificaría la supuesta relación, el supuesto vínculo, entre causa y herida? Con más fe, claro; fe que no tengo.

Lo único que sí tengo es un sueño que se repite con algunas variantes; y recuerdos fragmentados, ambiguos: hebras inciertas de un hilo enmarañado. ¿Eso es la causa? ¿Eso se vincula, misteriosamente, con la herida? ¿Eso la justifica? ¿Eso explica el efecto, el síntoma? No; mil veces, no.

Nada que ofrecer a Berro, nada: ninguna razón, ningún principio, ningún centro que ordene causa-efecto; ningún hecho que dé sentido a esto que me parte la cara.

Quiere tocar mi fondo, Berro; pero no hay fondo, hay abismo. Todo fondo es falso fondo: un descanso artificial antes de seguir cayendo al vacío, a lo insondable. Todo fondo, toda certeza, es interpretación; una interpretación arbitraria, provisoria, humana...

Mi existencia es la herida: existencia que no es causa, y herida que no

es consecuencia. ¿Puede entender eso, doctor?

Palabras y más palabras: todo lo que pueda decir es metáfora miserable de lo que, simplemente, es.

Yo soy la herida. Esa es mi metáfora resignada. Y mi única esperanza es seguir viviendo, aunque no tenga sentido: seguir viviendo mientras muero.

Luz de atardecer pasa por el vidrio sucio de la ventana, luz tan sucia como el vidrio, luz que hace colores opacos en las formas; formas que voy recorriendo, impasible, con la mirada; mirada que detengo en un musgo crecido sobre el suelo húmedo y roñoso de la celda. Es un borde, el musgo, y yo otro; en medio está el vacío que nos delimita, el abismo que hace al vértigo; vértigo que me atrae y repele ante el musgo. Atracción, repulsión, repitiéndose... Y esa plantita simple, ordinaria, poquita cosa, se va transformando en algo tan superior a mí, algo tan no para mí, tan ajeno, tan extraño, que necesito desviar la mirada. Y lo hago, pero el vacío se extiende y se impone, aún más, entre mí y lo que me rodea. Y crece el vértigo, y ya no hay nexo que me ligue al mundo. Vértigo y más vértigo ante el vacío abismal; vacío que hace angustia, angustia por la imposibilidad de algo que me vincule con todo. Y todo se hace inmundado.

Empieza el dolor, otra vez. Necesito otra dosis.

Necesito un nexo.

Un nexo.

Sonido de tacos y suelas golpeando con ritmos diferentes el suelo del pasillo.

Crece el volumen del sonido. Berro aparece al otro lado de la reja; detrás de él, Ferreiro y Cardozo.

Me observan.

—Póngame crema -digo al doctor.

—Páguela -contesta.

—Hay algo de dinero en casa. Está en el cajón de...

Me interrumpe:

—Usted paga con lo que necesito saber.

—Entonces no le puedo pagar.

—Una lástima.

Gira la cabeza hacia atrás y asiente. Cardozo y Ferreiro entran a la celda, desenganchan las cadenas y me alzan hasta poner de pie. Se alejan unos pasos. Las rodillas se me aflojan, y empiezo a caer. Inevitable, el choque de mi cara contra el piso...

...●Oscuridad.

Y mis pasos perdidos en la oscuridad. Y, dentro del pecho, un puño enloquecido golpeándome duro las costillas. Y el retumbar de esos golpes agitados subiendo a mi cabeza.

Aturdimiento ardiente.

Y un relámpago. Y su luz roja tiñendo a un chico desnudo que, parado en el medio de la calle, mira hacia la puerta de una casa. En sus ojos, el espanto.

Suenan voces, furiosas y sarcásticas, insultando a alguien y ordenándole que se acerque.

El chico tiembla. En su cara, el pánico.

—No hagas caso -le pido.

Me mira y los ojos se le asombran.

—¿Sos vos? —me pregunta.

—Sí.

Y él hace algo parecido a una sonrisa. Lo tomo de una mano y caminamos hasta el umbral de la casa. Nos sentamos. Él se vuelca sobre mí y, tembloroso, me abraza.

Poco a poco se van silenciando las voces de la furia y el sarcasmo.

Silencio. Paz, tal vez.

El chico deja de temblar. Sus brazos me sueltan.

—Me tengo que ir —le digo.

—¿Vas a volver?

—No.

—¿Por qué?

—Porque ya estamos bien. Ya pasó —digo acariciando su espalda.

—¿No va a pasar otra vez?

—...

—Que no pase de nuevo —me dice—, por favor te lo pido. Por favor.

Y yo lo beso. Lo beso y él desaparece.

La luz roja, con la que el relámpago manchó todo, ahora es violeta, morada. Morada y, también, fría.

Me levanto y comienzo a caminar en este todo desolado, morado y frío. No sé hacia dónde voy, pero lo intuyo.

Penumbra... Oscuridad... Penumbra...

Luz...

La celda. Mi cara sobre el piso. Dolor por el golpe. No hay sangre. No hay herida rajándome la cara, sólo dolor.

Ferreiro me agarra por un hombro, da un tirón salvaje y yo giro hasta quedar boca arriba. Berro entra al calabozo y se ubica a un lado de mi cabeza.

Me dice:

—Ahora vas a tener una causa, basura, cacho de carne.

Y lo veo levantar una pierna. Y veo la suela de su zapato cayendo, veloz, hacia mi cara...

...Y oscuridad. Oscuridad que no es para los ojos. Y silencio. Silencio que no es para los oídos.

El vacío perfecto se va haciendo; se vuelve a hacer lo que era antes de mi existencia. Y se van deshaciendo estas palabras que me suenan dentro.

¿Para qué todas estas palabras?

¿Para qué toda palabra?

Ninguna palabra soy yo. Ninguna palabra es la herida o el sufrimiento. Ninguna palabra es lo que señala. Ninguna palabra alcanza, jamás, lo que busca.

Palabras, más palabras: sonidos, y dibujos de sonidos, intentando interpretar, dar sentido, a las sombras difusas de lo indecible.

Silencio.

Silencio.

Y todo.

Y nada.

Y basta.

El vacío perfecto me está tomando.

Y me dejo tomar.

Fin